



Pocos sospechaban la otra cara de don Ricardo.

EL LABERINTO Y EL HILO

EL OTRO ROSTRO DE PALMA

Escribe **SEBASTIAN SALAZAR BONDY**

LAS hijas de Nicolás de Piérola cedieron al Padre Rubén Vargas Ugarte el archivo personal del tempestuoso político y repetidamente Jefe de Estado. Ahí, en el epistolario, halló el historiador un buen número de cartas de Ricardo Palma, la mayoría de ellas, salvo las que son comunicaciones o petitorios más o menos oficiales, constituyen verdaderas crónicas de Lima escritas por el famoso tradicionista durante los años de la ocupación chilena de nuestra capital. En todas éstas el literato alienta al caudillo a actuar contra el gobierno que García Calderón estableciera en la Magdalena contra el impotente congreso que convocara en Chorrillos. Palma aparece en este conjunto de cartas-informes (algunas firmadas con seudónimo) con un aire muy diferente al que la casi totalidad de su obra más celebrada lo presenta. He aquí un iracundo, un implacable anatematizador de la debilidad limeña, un partidario del escarnio contra los colaboradores del ocupante. He oído decir que bien valdría retirar de la circulación esos documentos hechos públicos por Vargas Ugarte en edición de Carlos Milla Batres. Esto sólo da una idea del cuadro patético, de inmoralidad y derrota total, que surge de la pluma del hasta ahora reputado tan sólo un narrador cazarro, casticista, fantasioso y —con terminología contemporánea— no comprometido.

Dejemos de lado el juicio que en la Carta 2 le merece a Palma la raza peruana ("abyecta y degradada"), tan falaz cuanto anti-humanista, y concretémonos a algunos de los hechos que denuncia. En la Carta 5, por ejemplo, habla de que en el Perú "se ha perdido no sólo el sentimiento del deber sino hasta la vergüenza", afirmación a la que añade esta terrible denuncia: "La policía secreta de los chilenos está servida por hombres y mujeres peruanos". Sobre esto insiste varias veces Palma y cita, para ilustrar su revelación, nombres y cargos. Ahí mismo y más adelante también sugiere las más drásticas penas para esos "traidores a la patria" que distingue en dos grupos: "grandes criminales" y "tontos y noveleros". A González Prada se le ha condenado muchas veces injustamente por frases semejantes, escritas en libro y pronunciadas en voz alta, a las que secretamente redactó Palma. Esta, por ejemplo, del tradicionista acerca de los limeños: "Del pueblo y sociedad limeña poco espero. Hay aquí poca virilidad y mucho egoísmo y corrupción". (Carta 7) En otras partes se refiere a la "argolla", o sea, a la camarilla económico-política que detenta el poder: "Pizarro fue, en mi concepto, el fundador de la argolla..." (Carta 8).

Muchos más temas candentes, tratados con un ánimo amargo y un tono condenatorio, desfilan por estas páginas: la falta de hombres responsables para el mando, el amor a los honores aun a costa de la patria, la caída de Arequipa por falta de empuje y resistencia, la frivolidad de quien da un balle lujoso cuando el país sufre, etc. Todo un caleidoscopio de 1880 al 82 (aunque hay comunicaciones hasta 1913) gira ente los ojos seguramente estupefactos del lector de este epistolario furioso.

Son éstos documentos para la historia, sin duda alguna, pero también la ciencia literaria tendrá que tomarlos en cuenta. ¿Mientras escribía tales cartas, la creación palmiana se complacía, como si nada ocurriera en torno, en las leyendas y las fábulas virreinales? De ser así, Palma tuvo un doble rostro, que se compadece perfectamente con esa exégesis de Alberto Escobar, en la cual el joven estudioso descubre el carácter esencialmente verbal de la literatura palmiana. En caso contrario, ¿qué impidió que, a partir de esta grave y trastornadora experiencia, su género no volviera los ojos a la realidad, a fin de denunciar o testimoniar las imágenes que acusaba en las cartas secretadas? ¿Con qué alegría burló o el del censor que exige rigor máximo para con los oportunistas? ¿Ese otro Palma, no modifica la imagen del abuelito amable que han compuesto los palmistas rutinarios? La publicación a la que aquí aludo tiene una importancia fundamental. Las palabras —sobre todo si no se duda de que fueron escritas con buena fe, con sinceridad, por un hombre ilustre— sirven para esclarecer, es decir, para encontrar, sea cual ella fuere, la verdad, de la que tanto está falto el país.